

¿Qué es un texto? Una teoría pragmática

Mark Bevir

University of California, Berkeley

Este artículo comienza defendiendo un principio de individualismo procesal según el cual los significados son siempre subjetivos o intersubjetivos. Los textos no tienen significados por sí mismos, sino que más bien son objetos a los que los individuos atribuyen diversos significados. Luego el artículo despliega este análisis del significado para interrogar debates sobre la textualidad. Considera la estabilidad del texto: aunque los textos son indeterminados en el sentido de que individuos futuros pueden atribuirles a ellos significados imprevistos, tienen un contenido determinado en cualquier tiempo dado en el sentido de que los significados que la gente les ha atribuido en ese momento son fijos. Y considera la relación del significado textual con el significado del autor: ambos, autores y lectores, atribuyen significado a los textos, y surgen las confusiones cuando los filósofos asumen que uno u otro debe constituir el significado del texto en sí mismo.

*

“What is a Text? A Pragmatic Theory”. The paper begins by defending a principle of procedural individualism according to which meanings are always subjective or inter-subjective. Texts do not have meanings in themselves, but rather are objects to which individuals attach various meanings. Then the paper deploys this analysis of meaning to address debates about textuality. It considers the stability of the text: although texts are indeterminate in that future individuals might attach unforeseen meanings to them, they have determinate content at any given time in that the meanings people have then attached to them are fixed. And it considers the relationship of textual meaning to authorial meaning: authors and readers alike attach meanings to texts, with confusions arising when philosophers assume that one or other must constitute the meaning of the text itself.

El *Shorter Oxford English Dictionary* nos dice que un texto es “la verbalización de cualquier cosa escrita o impresa”. Recientemente, sin embargo, la noción de texto ha sido ampliada para abarcar no solamente documentos escritos sino, además, cuadros, acciones, prendas de ropa y paisajes; de hecho, cualquier cosa a la cual asignamos un significado. Entonces, aunque podríamos usar generalmente como ejemplos objetos que son textos en el sentido estrecho de registros escritos con una existencia física, nada significativo debería depender de ello. Lo que importa con relación a los textos es que posean un significado. Al preguntar qué es un texto, estamos preguntando “¿cómo llegan los objetos –ya sean reales o solo postulados– a portar significados?” y “¿cuál es la naturaleza de los significados que llegan a portar?”

Tal vez hubo una época en la que parecía obvio cómo deberíamos concebir los significados textuales. Un texto era un documento escrito con un autor, cuya intención al escribirlo fijaba un solo significado correcto¹. Pero aunque hubiese existido alguna vez tal época, el post-estructuralismo, el desconstruccionismo y la teoría de la recepción habrían desautorizado cualquiera de aquellas obvias respuestas a nuestras preguntas. Roland Barthes rompió dramáticamente el vínculo entre la intención del autor y el significado del texto diciendo que “el ser propio del escribir (el significado de la labor que lo constituye) es prevenir que la pregunta ‘¿quién está hablando?’ sea contestada”². Michel Foucault descartó al autor como “una función”, idea que había emergido entre los críticos literarios posteriores al Renacimiento³. Jacques Derrida arguyó que una vez que se corta la vinculación entre texto y autor, “el texto queda

¹ Tal perspectiva ha sido defendida, si bien con cierto grado de indeterminación textual, por Eric D. Hirsch (*Validity in Interpretation*, New Haven: Yale University Press, 1967); y, más recientemente, por William Irwin (*Intentionalist Interpretation: A Philosophical Explanation and Defense*, Westport: Greenwood, 1999).

² Barthes, Roland, *S/Z*, traducción de R. Miller, Londres: Cape, 1975, p. 140.

³ Foucault, Michel, “What is an Author?”, en: *Language, Counter-Memory, Practice*, traducción de D. Bouchard y S. Simon, Oxford: Blackwell, 1977, p. 121; y para el debate ver Nehamas, Alexander, “What an Author Is”, en: *Journal of Philosophy*, 83 (1986), pp. 685-691.

separado de toda responsabilidad absoluta”: se convierte en lugar para múltiples y ambiguos significados, capaz de “comunicar solamente su propia incapacidad de comunicar”⁴. Hoy, uno podría decir, el texto aparece bajo el modo de una entidad fluida y sin fronteras que carece tanto de autor como de un significado estable.

En fuerte contraste con los post-estructuralistas, los positivistas y los presentistas podrían sugerir que el modo cómo concebimos un texto y su significado es una irrelevante cháchara filosófica de poca o ninguna importancia práctica. La creencia tanto en hechos brutos como en la inmanencia del significado dentro de los textos podría animarlos a sostener que los textos nos presentan el pasado independientemente de cualquier abstracto análisis filosófico de textualidad. ¿Realmente podemos no dudar que los diferentes conceptos de un texto a menudo inspiran diferentes tipos de práctica histórica, legal y literaria? ¿Realmente el positivismo y el presentacionalismo deberían ellos mismos ser vistos no como meta-teorías neutrales, sino como análisis particulares de textualidad que promueven de modo característico ciertos tipos de práctica histórica, legal y literaria? Como ejemplo de la importancia de los análisis de textualidad para la práctica podemos enfocarnos en las lecturas teóricamente inspiradas en *Two Treatises of Government* de John Locke, tan diversas como el énfasis de Leo Strauss con respecto al lugar de Locke en el canon, el despliegue de determinismo económico de C.B. Macpherson y el contextualismo riguroso de John Dunn⁵. Historiadores, abogados y críticos necesariamente idealizan los textos y los significados textuales, de modo que ellos, en parte, los construyen por medio de sus teorías –explícitas o implícitas– de textualidad. Es importante, por lo tanto, que las teorías pertinentes sean las adecuadas.

Formular las preguntas acerca de qué es un texto y cómo un texto posee un significado merece la pena, tanto por su interés intrínseco y filosófico como por su implicación práctica. Para contestarlas distinguiremos entre un objeto, un objeto significativo, una obra y un texto. Encontraremos

⁴ Derrida, Jacques, “Signature Event Context”, en: *Glyph*, 1 (1977), p. 181.

⁵ Cf. Strauss, Leo, *Natural Right and History*, Chicago: University of Chicago Press, 1953; cf. Macpherson, Crawford B., *The Political Theory of Possessive Individualism*, Oxford: Oxford University Press, 1962; cf. Dunn, John, *The Political Thought of John Locke*, Cambridge: Cambridge University Press, 1969.

que todos los significados son significados para personas específicas o abstracciones basadas en tales significados. Este análisis implica que deberíamos renunciar al concepto de texto como un objeto que posee un significado o significados innatos. Los objetos llegan a ser significativos solo porque individuos específicos tienen la intención de que posean un significado o los entienden como poseyendo un significado. El único análisis viable de un texto, por lo tanto, será el de un objeto que actúa como lugar para varias obras: el texto es un objeto al cual diversos individuos han atribuido significados, probablemente distintos. Este análisis nos permitirá resolver algunas dificultades sobre la estabilidad de los textos y sobre la relación entre intención autorial y significado textual.

Sobre el significado

Pensemos en un texto; pensemos, por ejemplo, en *Two Treatises* de Locke; más específicamente, pensemos en la edición Everyman's Library en rústica de 1978 con una introducción de W.S. Carpenter. Este texto es un objeto físico: tiene una tapa amarilla con una foto de Locke en ella, tiene 258 páginas y está cubierto por negras marcas impresas. A veces no podemos proporcionar descripciones tan claras de la naturaleza física de un texto, ya que solamente es algo que postulamos. No tenemos, por ejemplo, un único manuscrito o libro que podríamos describir inequívocamente como el propio texto de Locke *Two Treatises*. En lugar de ello, postulamos la propia versión de Locke del texto y, a través de erudición bibliográfica y textual, tratamos de mejorar nuestro conocimiento de este objeto⁶.

Pensemos ahora en un objeto físico que la mayoría de nosotros podría considerar como desprovisto de significado, por lo menos en sí mismo; pensemos, por ejemplo, en una nube. Inmediatamente nos daremos cuenta de que los textos nunca son solo objetos físicos, sino que son siempre objetos significativos. En efecto, como sugerimos antes, podríamos definir el concepto de texto de un modo más amplio para incluir todos los objetos que admiten un significado, incluyendo a los cuadros, las acciones o los relatos orales. El que aceptemos esta definición amplia o restringamos el concepto de texto a aquellos objetos físicos que incluyen palabras

⁶ Un notable ejemplo de tal erudición es la edición crítica *John Locke's Two Treatises of Government*, edición de P. Laslett, Cambridge: Cambridge University Press, 1960.

poco importará para lo que sigue. Por el momento, entonces, solo digamos que un texto es un objeto que posee un significado. Pero, ¿qué es un significado?

Encontraremos que los significados existen solamente para los individuos. Aceptar este principio de individualismo procedimental no debe necesariamente atar de manera irrevocable el significado de un texto a la intención de su autor; después de todo, el significado que un texto tiene para cada lector sigue siendo un significado para ese lector como un individuo, aun si difiere de la intención del autor⁷. El desafío al individualismo procedimental no proviene de los modos diversos en que se podría leer un texto. Proviene, más bien, de la existencia de los significados sociales, entre los cuales los principales son los semánticos, definidos en términos de condiciones de verdad para una proposición abstracta, y los lingüísticos, definidos en términos de las convenciones que gobiernan los usos en una comunidad. Tal vez una defensa del individualismo procedimental debiera empezar por reducir estas formas de significado a significados para individuos específicos.

El sentido semántico de una preferencia proviene de lo que tendría que ser el caso para ser verdad. Suponiendo que no hay percepciones puras, lo que tendría que ser el caso para que una preferencia sea verdadera debe ser relativo a un marco conceptual⁸. Por lo tanto, puesto que solo los individuos mantienen marcos conceptuales, los significados semánticos no pueden existir aparte de los individuos. Puesto que las

⁷ Defensas recientes del intencionalismo desglosan característicamente “intención” como “intención-siendo-realizada” o “comunicación intencionada” como opuesta a “intención-por-realizar” o “propósito previo”. Cf. Irwin, William, *o.c.*, pp. 39-65; cf. Skinner, Quentin, “Motives, Intentions, and the Interpretation of Texts”, en: Tully, James (ed.), *Meaning and Context: Quentin Skinner and his Critics*, Cambridge: Polity, 1988, pp. 68-78. Al hacer esto, ellos parecen entender “intencional” como “perteneciente a la mente” y, a través de esto, podría parecer que sugieren que los significados solo existen para los individuos. El individualismo procedimental hace explícita esta implicación. Esto, además, parte de las perspectivas de Irwin y Skinner que rechazan que los individuos en cuestión tengan que ser los autores: así como Irwin y Skinner sugieren que las intenciones del autor fijan el significado de un texto, el individualismo procedimental sugiere que un texto es un lugar vacío en el que el autor y los lectores sitúan por igual varios significados.

⁸ Comparar con el argumento clásico de Willard V. O. Quine (“Two Dogmas of Empiricism”, en: *From a Logical Point of View*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1961, pp. 20-46).

preferencias pueden adquirir un significado semántico solo dentro de un conjunto de conceptos mantenido por uno o más individuos, los significados semánticos deben ser abstracciones basadas en los significados para los individuos. Cuando decimos que una proposición tiene un significado semántico P, implicamos que un grupo de individuos, que generalmente nos incluye a nosotros mismos, comparte un marco conceptual dentro del cual se aceptaría que la proposición es verdadera si P fuese el caso.

El significado lingüístico de una palabra procede del concepto al cual convencionalmente se refiere –el significado lingüístico de “soltero” es el de un hombre que no está casado⁹. El vínculo entre una palabra y el concepto que constituye su significado lingüístico es, además, puramente convencional, sin ningún fundamento natural –la convención social podría decretar que la palabra “solte” en vez de “soltero” refiere a un hombre que no está casado. Aunque algunas palabras parecen ser una expresión peculiarmente acertada para un concepto dado, como en los casos de onomatopeya, incluso en este caso podría haber una convención que vincule una palabra distinta al concepto pertinente. Así, puesto que los significados lingüísticos son puramente convencionales, son dados simplemente por lo que los individuos aceptan y no aceptan como una convención. Existen porque un número de individuos toma ciertas palabras para referirse a ciertos conceptos¹⁰. Los significados lingüísticos son abstracciones basadas en significados para los individuos. Cuando decimos que una proposición tiene un significado lingüístico P, implicamos que un grupo de individuos acepta ciertas convenciones bajo las cuales la entiende como referida a P.

Aunque podemos reducir los significados semánticos y lingüísticos a significados para individuos, los críticos podrían sugerir que hay otra forma de significado que no podemos reducir de la misma manera. Al considerar esta posibilidad, podemos contrastar un significado intencional, definido como el significado que tiene una preferencia para un individuo

⁹ La exposición clásica de esta perspectiva se debe a Ferdinand de Saussure (*Course in General Linguistics*, edición de C. Bally y A. Sechehaye, traducción de W. Baskin, Nueva York: McGraw-Hill, 1966).

¹⁰ Que las convenciones lingüísticas son el producto de la adopción por parte de los individuos, ha sido enfatizado, entre otros, por John Searle (*Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*, Cambridge: Cambridge University Press, 1969, pp. 16-24).

particular, con cualquier significado estructural o innato que un texto podría poseer y que no podríamos reducir a significados intencionales. Aquí podríamos acercarnos a las preferencias en una de las dos formas, dependiendo de cuál tipo de significado nos interesa o, más exactamente, dependiendo de si creemos o no en los significados estructurales o innatos¹¹. Si queremos saber algo acerca de los significados intencionales o de las abstracciones basadas en significados intencionales, debemos considerar las preferencias como obras históricas, esto es, como conjuntos de palabras escritas, habladas o entendidas de maneras particulares en ocasiones particulares. Por el contrario, si continuamos creyendo en significados estructurales o innatos, podríamos considerar a las preferencias como textos reificados, es decir, como conjuntos de palabras con significados que son dados independientemente de todas las personas. Una defensa del individualismo procedimental podría continuar ahora, por lo tanto, mostrando que los significados estructurales e innatos y, así, los textos reificados son atemporales, objetos de otro mundo acerca de los cuales nosotros, en este mundo, no podemos tener conocimiento. De hecho, no hay significados estructurales o innatos: no deberíamos reificar los textos¹².

¹¹ Algunos filósofos distinguen entre obras y textos en varias formas. Para una utilización muy distinta de estos dos términos –una que adscribe una agencia excesiva a los textos e identifica las obras únicamente con significados autoriales– ver: Barthes, Roland, “From Work to Text”, en: *Image, Music, Text*, traducción de S. Heath, Londres: Fontana, 1977, pp. 155-164. Para un uso de los términos más cercano al aquí propuesto, el de una obra siendo el significado de un texto, ver: Gracia, Jorge, *A Theory of Textuality: The Logic and Epistemology*, Albany: SUNY Press, 1995, pp. 59-69; y también: Gracia, Jorge, *Texts: Ontological Status, Identity, Author, Audience*, Albany: SUNY Press, 1996. No obstante, Gracia no defiende el intencionalismo, dejando a una comunidad de intérpretes decidir qué rol juegan las intenciones con relación al significado de las obras y los textos; más aun, él adscribe significados a los textos en sí mismos, más que dejarlos como lugares vacíos en los cuales las obras intencionales son ubicadas. Él hace esto porque cree en la existencia de relaciones lógicas entre los conceptos como tales y, por consiguiente, en significados semánticos inherentes a los conceptos. Para un debate más extenso sobre estos temas, ver: Gracia, Jorge, “The Logic of the History of Ideas or the Sociology of the History of Beliefs”, en: *Philosophical Books*, 42 (2001), pp. 177-186; y Bevir, Mark, “Taking Holism Seriously: A Reply to Critics”, en: *Philosophical Books*, 42 (2001), pp. 187-195.

¹² Los contextualistas lingüísticos se quejan del peligro de asumirlo de otra manera (cf. Skinner, Quentin, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, en: Tully, James (ed.), *o.c.*, pp. 29-67).

Imaginemos que alguien en el siglo dieciocho hubiese escrito un ensayo que contuviese una sección titulada “Señorita aleluya”. Si tratamos de estudiar el ensayo como un texto reificado, abstraeríamos las palabras y frases en él del momento de su aparición. Cuando hacemos esto, además, cabe suponer que tenemos en cuenta el hecho de que la frase “señorita aleluya” se puede referir a un miembro femenino del Ejército de salvación. Si creemos en un significado estructural o innato al texto reificado, este se referirá a un miembro femenino del Ejército de salvación. Si tratamos de adscribir una existencia temporal a este texto reificado, nos encontraremos en la ridícula posición de tener que decir que un ensayo escrito en el siglo dieciocho se refirió a una organización que no fue fundada sino hacia finales del siglo diecinueve. Claramente, entonces, este texto reificado no puede existir en el tiempo –debe estar fuera de nuestro mundo.

Para ubicar un texto reificado en el tiempo tendríamos que apelar a algo fuera de este, pero tan pronto como hacemos esto, inevitablemente trasladamos nuestra atención del presunto texto reificado y su significado estructural o innato a una obra y su significado intencional. Imaginemos que tenemos dos ensayos, uno escrito en el siglo dieciocho y otro en el siglo veinte, que contienen exactamente las mismas palabras y puntuación en exactamente el mismo orden. Cualquier hecho que nos permita distinguir entre los significados de los dos ensayos tendría que referirse a la ocasión particular de la aparición de uno u otro. Tendría que ser un hecho acerca de los ensayos como obras, no como textos reificados. Además, puesto que los dos ensayos son idénticos, deben compartir cualquier significado estructural o innato que posean. Así, si el ensayo del siglo veinte contiene una sección titulada “Señorita aleluya”, para que “un miembro femenino del Ejército de salvación” sea parte de su presunto significado estructural o innato, el texto reificado del ensayo del siglo dieciocho debe incluir también una mención del Ejército de salvación. De nuevo, por lo tanto, no podemos adscribir una existencia temporal a los textos reificados sin incurrir en anacronismo. No podemos hacerlo porque los textos reificados no tienen una existencia temporal. Tan pronto como consideramos una preferencia como un objeto histórico, necesariamente enfocamos nuestra atención en su significado intencional como una obra. La manera obvia de fijar una preferencia en el tiempo es considerar el significado que tenía para ciertas personas. Podríamos decir, por ejemplo, que nuestros dos

ensayos idénticos tienen dos significados distintos porque las palabras en ellos significan cosas distintas para las personas en los siglos dieciocho y veinte. Preguntar por el significado que tenía una proferencia para un grupo particular de personas es, sin embargo, preguntar por el significado de varias obras. Preguntar qué significó el ensayo para la gente del siglo dieciocho es preguntar cómo entendieron ellos el ensayo. Es interesarse por los significados intencionales.

Los significados existen solamente para los individuos¹³. Hay solo una manera de evitar el individualismo procedimental sin postular un ámbito atemporal, divino o supranatural acerca del cual podemos presuntamente adquirir conocimiento; uno debe identificar un lenguaje-x con un significado-x que existe en la historia –tal como hacen los significados intencionales–, pero que existe independientemente de los individuos particulares –tal como harían los significados estructurales o innatos. Aunque algunos filósofos han tratado de defender algo parecido a un lenguaje-x, sus esfuerzos parecen estar condenados al fracaso¹⁴. Consideremos lo que involucra el abandono de la idea de que los significados existen solo para los individuos.

Cuando hablamos de un lenguaje social, típicamente tenemos en mente un conjunto de significados intersubjetivos compartidos por varias personas. Por ejemplo, cuando dos personas hablan de una amiga que es miembro del Ejército de salvación al decir “Jane es una señorita aleluya”, comparten un conjunto de significados, los cuales constituyen el lenguaje que usan para comunicarse. Aunque podríamos describir su lenguaje compartido como una estructura social, mediante ello no nos comprometeríamos con la afirmación de que aquel existe independientemente de los individuos particulares. Por el contrario, existe solo porque ellos, como individuos, comparten ciertos significados. Puesto que el lenguaje-x no encarna este tipo de intersubjetividad, su estatuto ontológico permanece extremadamente vago. No puede ser una entidad concreta; tampoco puede ser una

¹³ Reconocer esto es extender a todos los significados el argumento de Nehamas que afirma que una obra es la interpretación de un intérprete (cf. Nehamas, Alexander, “Writer, Text, Work, Author”, en: Cascardi, Anthony J. (ed.), *Literature and the Question of Philosophy*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987).

¹⁴ Para algo muy similar a un lenguaje-x, ver la descripción de Foucault de las *epistemes* como “aprioris históricos” que existen en el tiempo, en un mundo libre de subjetividad (cf. Foucault, Michel, *The Order of Things*, Londres: Routledge, 1989, pp. xx-xxii).

entidad emergente, ya que, si lo fuera, tendría que emerger de hechos relativos a los individuos. El lenguaje-x debe existir independientemente del pensamiento humano, ya que nuestros pensamientos son hechos sobre nosotros como individuos.

Entonces, ¿son realmente todos los significados, o bien significados para individuos o bien abstracciones derivadas de tales significados? Un principio del individualismo procedimental nos proporciona un punto de partida para un análisis del significado. Este implica que los individuos asocian los significados con declaraciones, libros, filmes y eventos, y tales cosas –declaraciones, libros, filmes y eventos– no encarnan significados en sí mismos. Los objetos llegan a significar algo solo porque alguien los entiende como teniendo un significado. Quizás la idea de que los significados son puramente construcciones humanas parecerá poco controversial, pero aun así, continúa teniendo corolarios controversiales. Ella implica que no podemos reificar ningún texto. No podemos asignar un significado –o significados– a un texto en sí mismo.

La estabilidad del texto

Anteriormente encontramos que un texto es un objeto que posee significado. Ahora hemos encontrado que los significados existen solo para individuos específicos, por lo cual los textos no poseen significado en sí mismos. ¿Cómo llegamos a reconciliar estas dos intuiciones? Puesto que los significados existen necesariamente solo para individuos, no podemos identificar un solo significado definitivo, o aun un conjunto de significados, como siendo inmanente o intrínseco a un texto. Los textos son objetos significativos únicamente a causa del significado que los individuos particulares vinculan a ellos. Podemos definir un texto, por lo tanto, como un objeto –verdadero o postulado– que actúa como el lugar sobre el cual los individuos proyectan varias obras. Definir el texto como un lugar para significados es aceptar, en las palabras de J. Hillis Miller, que “un texto no tiene nunca un único significado, es la confluencia de múltiples y ambiguos significados”¹⁵. Recientemente, algunos académicos, dentro de los cuales se encuentra Miller, han vinculado la ambigüedad de los textos con la inestabilidad del significado. Argumentan, generalmente influenciados por

¹⁵ Miller, J. Hillis, “Tradition and Difference”, en: *Diacritics*, 2 (1972), p.12.

el desconstruccionismo, que los textos son inestables porque no hay significados fijos. Sin embargo, todavía no tenemos motivos suficientes para aceptar tal argumento. Solo hemos encontrado que los textos son ambiguos porque son los lugares para varias obras, no que las obras también lo son porque los significados sean inestables. Derrida argumenta que los textos son inestables porque la significación presupone que “cada –así llamado– ‘elemento’ presente... está vinculado con alguna otra cosa distinta de sí mismo, a través de la cual mantiene dentro de sí la marca del elemento pasado, y se deja viciar por la marca de su relación con el elemento futuro”¹⁶. Sin embargo, la retórica del post-estructuralismo y la desconstrucción pasa desapercibida entre una aseveración débil que es cierta y una aseveración fuerte que es falsa. La aseveración débil es que los textos son ambiguos, no tienen significados innatos, así que podemos entenderlos de maneras distintas. Pocas personas no estarían de acuerdo. Tenemos la libertad para entender un texto como deseemos en vez de como quiso el autor o como lo entendió otro lector anterior.

Obviamente, sin embargo, no recuperaremos un significado a menos que identifiquemos la manera en que entendemos un texto con la perspectiva que alguien en el pasado tenía de él. La afirmación débil de los post-modernos solo establece que podemos ubicar significados nuevos en el lugar del texto. No establece que no podemos tratar de recuperar los significados que otros han ubicado en este mismo lugar. Entonces, puesto que pocos filósofos quieren insistir en que leer un texto nunca puede ser igual a buscar la creación de un significado nuevo, pocos filósofos necesitan sentirse amenazados por esa afirmación débil. No obstante, el drama de la perspectiva post-estructuralista del texto surge muchas veces de una equivocación mediante la cual una posición fuerte se afirma pero solo esta posición débil se defiende. La afirmación fuerte es que los textos son incognoscibles porque no podemos esperar identificar obras entendidas como significados intencionales. Obviamente, esta aseveración fuerte no se sigue del hecho de que los textos no tienen significados fijos. No hay una razón clara de por qué no podríamos entender cómo un individuo

¹⁶ Derrida, Jacques, “Différance”, en: *Margins of Philosophy*, traducción de A. Bass, Brighton: Harvester, 1982, p. 13. Ejemplos de una teoría de la recepción inspirada en parte por el post-estructuralismo incluyen a: Fish, Stanley, *Is There a Text in this Class?*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1980; y LaCapra, Dominick, *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*, Ithaca: Cornell University Press, 1983.

particular entendió un texto solo porque otras personas lo han entendido de modo distinto. Para sostener su afirmación fuerte, los post-modernos deben mostrar que no podemos recuperar los significados del pasado. Generalmente tratan de hacer esto defendiendo por lo menos una de estas tres posiciones: los significados o intenciones no son entidades estables, no podemos escapar al lenguaje y no podemos tener conocimiento de otras mentes.

Los post-estructuralistas en algunas ocasiones argumentan que no podemos tener conocimiento de textos porque los significados intencionales son inestables. “Suponemos –dicen ellos– que yo pregunto qué significa la intención de un autor y luego qué significa el significado de la intención del autor, y así sucesivamente”¹⁷. Ellos argumentan que todos los significados son inestables porque cualquier intento por fijarlos se convierte en una regresión infinita. Nosotros podemos desautorizar este argumento preguntando a qué se refieren exactamente los post-estructuralistas cuando hablan del significado de una intención.

Las intenciones son estados conductuales o mentales que no tienen significados en el sentido en que las preferencias los tienen. Así pues, aunque podemos preguntar lo que significa una descripción particular de una intención, no podemos preguntar lo que significa una intención en sí misma. Si adoptamos la interpretación conductual de los estados psicológicos, preguntar por el significado de la intención de un agente es preguntar por el significado de la acción del agente; pero los conductistas niegan que podamos preguntar por el significado de una acción como si hubiera algo detrás de ella cuando en realidad no lo hay¹⁸. Así, el conductismo implica que los significados son fijados por intenciones que por sí mismas no tienen significados. Si adoptamos la perspectiva mentalista de los estados psicológicos, cuando las personas describen un estado mental producen una preferencia y podemos preguntar qué quieren decir con esta preferencia, pero preguntar por el significado de una preferencia que describe un estado mental no es igual que preguntar por el significado del

¹⁷ Eagleton, Terry, *Literary Theory: An Introduction*, Oxford: Blackwell, 1983, p. 69. Sobre la inestabilidad de las intenciones ver Derrida, Jacques, “Signature, Event, Context”.

¹⁸ Cf. Quine, Willard V. O., *Word and Object*, Cambridge, Mass.: MIT Press, 1960, pp. 26-79.

estado mental en sí mismo. Imaginemos que ciertos viajeros escuchan casualmente a Peter llamar “señorita aleluya” a Jane y que le preguntan qué quiere decir, entonces Peter explica que tenía la intención de elogiar la sugerencia de Jane. Aunque los viajeros pueden preguntar a Peter lo que quiere decir sobre su intención con esta última frase, no pueden preguntarle qué significa su intención. Así, el mentalismo también implica que los significados son fijados por intenciones que no tienen significado en sí mismas. Las intenciones parecen ser inestables solo porque debemos usar el lenguaje para describirlas y siempre podemos preguntar por el significado de las palabras que usamos. Aunque podemos usar varias combinaciones de palabras para describir una intención, ella permanece igual cualesquiera sean las palabras que usemos para describirla.

Los post-estructuralistas suelen argumentar que no podemos tener conocimiento de las intenciones precisamente porque solo existen fuera del lenguaje, mientras que nosotros siempre permanecemos dentro de él. Según afirma Derrida, solo hay escritos, “no hay un ‘afuera’ del texto”¹⁹. No obstante, aquí también la retórica del post-estructuralismo tiene una tendencia desafortunada a deslizarse desde argumentos a favor de una aseveración débil que es cierta hacia la defensa de una aseveración fuerte que es falsa. Pocas personas negarían la aseveración débil de que debemos usar el lenguaje, concebido como un conjunto de signos, si es que vamos a referirnos a cualquier cosa. Pero esta aseveración débil no establece la aseveración fuerte de que no podemos penetrar la niebla lingüística para adquirir conocimiento de las cosas a las cuales nuestros signos se refieren. Por el contrario, si nuestros signos pueden referirse a la realidad, presumiblemente podemos tener conocimiento de ella. El tema real, por lo tanto, es si nuestros signos pueden referirse o no a la realidad. Los post-estructuralistas que argumentan que no podemos tener conocimiento de nada fuera de lenguaje, deben hacerlo porque nuestro lenguaje no se refiere a la realidad. Pero esto parece muy poco convincente. Después de todo, aun si aceptamos que nuestros conceptos no tienen una correspondencia de uno a uno con la realidad, podríamos todavía argumentar que pueden referirse a la realidad dentro de un contexto teórico²⁰.

¹⁹ Derrida, Jacques, *Of Grammatology*, traducción de G. Spivak, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1976, p. 158.

²⁰ Cf. Quine, Willard, V.O., “Two Dogmas of Empiricism”.

Como último recurso, los post-estructuralistas aceptan a veces que podemos penetrar la niebla lingüística que devora la realidad solamente para negar que podamos así adquirir conocimiento de significados intencionales. Derrida, por ejemplo, sugiere de vez en cuando que las intenciones son “en principio inaccesibles” porque no podemos saber nada de las mentes de otras personas²¹. Los conductistas pueden refutar este argumento fácilmente. Si definimos los conceptos psicológicos como una referencia al comportamiento real o posible, podemos tener conocimiento de las intenciones simplemente porque podemos observar el comportamiento. El hecho de que no podamos conocer otras mentes es irrelevante, porque las intenciones no son estados mentales. También los mentalistas pueden refutar este argumento con solo rechazar el empirismo lógico. La posición de los post-estructuralistas se deriva de las aserciones gemelas de que podemos conocer cosas solo si las percibimos directamente y que no podemos percibir otras mentes directamente. Mas el empirismo lógico contenido en estas aserciones hace escasa justicia a nuestra noción diaria de la experiencia.

Cuando decimos que hemos experimentado algo, implicamos que existe y que hemos tenido sensaciones que no podríamos haber tenido si no existiera, pero no implicamos necesariamente que lo hemos percibido en sí mismo. Por ejemplo, si decimos que hemos experimentado las ondas de radio, implicamos que existen y que hemos escuchado la radio, pero no implicamos que hayamos percibido las ondas de radio directamente. Implicamos que hemos escuchado los sonidos que las ondas de radio producen en nuestro oído, no que las hayamos escuchado en sí mismas. Así pues, con tal de que los mentalistas acepten nuestro entendimiento diario y realista de la experiencia, ellos también pueden argumentar que podemos tener conocimiento de las mentes de otras personas. Pueden decir que tenemos conocimiento de las mentes de otras personas porque indirectamente nos encontramos con sus mentes a través de su comportamiento.

18

Entonces, podemos aceptar que un texto es ambiguo, siendo el lugar para varias obras, sin concluir por ello que es incognoscible. Los teóricos de la recepción, sin embargo, sugieren que la naturaleza ambigua de los textos los deja inestables en el sentido de ser indeterminados en vez de

²¹ Cf. Derrida, Jacques, *Spurs: Nietzsche's Styles*, traducción de B. Harlow, Chicago: University of Chicago Press, 1979, p. 125.

incognoscibles. Hasta ahora, no obstante, no tenemos motivos para aceptar este argumento. Hemos encontrado solamente que los textos son ambiguos porque son lugares para varias obras, no que son indeterminados porque no podemos identificar las obras de las cuales están compuestos. Los teóricos de la recepción argumentan que no podemos determinar el contenido de un texto porque la historicidad de nuestro ser impide nuestra salida de nuestro particular horizonte histórico. Aquí muchos teóricos de la recepción nos remiten al análisis de Hans-Georg Gadamer acerca del conocimiento histórico como dependiente de “la interna historicidad que pertenece a la experiencia misma”, análisis que se remite a su vez a la creencia de Wilhelm Dilthey de que un evento histórico “gana significado debido a su relación con el todo, debido a la conexión entre pasado y futuro”²². Sin embargo, mientras que los seguidores de Gadamer lo aceptan a menudo como habiendo probado la irrelevancia y futilidad de cualquier intento por fijar un texto, él mismo se enfocó en las implicaciones de entender a la ontología humana como tal. Su preocupación pertenece menos a los problemas metodológicos específicos que afrontamos al adquirir conocimiento de textos que a asuntos generales sobre la naturaleza de todo nuestro entendimiento²³. De cualquier manera, los teóricos de la recepción argumentan que obras o eventos históricos posteriores alteran el contexto de eventos o textos previos, por lo que siempre podemos entender la historia desde una perspectiva más amplia que nuestros ancestros, pero desde una perspectiva más estrecha que nuestros herederos. Cuando Locke escribió *Two Treatises*, por ejemplo, él y sus contemporáneos no tenían nuestro concepto moderno de liberalismo para poder entender sus ideas en los términos en que lo hacemos nosotros, pero hoy

²² Gadamer, Hans-Georg, *Truth and Method*, traducción de W. Glen-Doepel, Londres: Sheed and Ward, 1979, p. 195; Dilthey, William, *Selected Writings*, edición y traducción de H. Rickman, Cambridge: Cambridge University Press, 1976, pp. 235-236. Ejemplos de la teoría de la recepción inspirada en parte por el escepticismo fenomenológico incluyen a Gunnell, John, *Political Theory: Tradition and Interpretation*, Cambridge, Mass.: Winthrop, 1979, pp. 110-26; y Ricoeur, Paul, *Interpretation Theory: Discourse and the Surplus of Meaning*, Fort Worth: Texas Christian University Press, 1976, pp. 89-95.

²³ Cf. Gadamer, Hans-Georg, *o.c.*, pp. 267-268. Una distinción similar a la que se hace aquí es sugerida por Richard Palmer (*Hermeneutics: Interpretation Theory in Schleiermacher, Dilthey, Heidegger, and Gadamer*, Evanston: Northwestern University Press, 1969, p. 46). Más aun, Gadamer mismo explícitamente se basa en Heidegger para modificar la tradición hermenéutica de una orientación epistemológica a una ontológica (cf. Gadamer, Hans-Georg, *o.c.*, pp. 214-234).

reconocemos su texto como habiendo ayudado a fundar tal liberalismo. Los teóricos de la recepción argumentan que el significado actual de un evento histórico o de un texto depende de una comprensión de la historia como una unidad que culmina en el presente. Por lo tanto, puesto que la naturaleza del presente cambia constantemente, para determinar el contenido de un texto tendríamos que ver a la historia como un todo, lo cual no podemos hacer.

La teoría de la recepción confunde dos aspectos de la indeterminación. Por una parte, los teóricos de la recepción reconocen correctamente que el destino futuro de un texto permanece desconocido y con un final abierto: no podemos decir cuáles obras los individuos fijarán en ese lugar en el futuro. Por otra parte, los teóricos de la recepción implican equivocadamente que la naturaleza abierta del destino de un texto significa que no podemos determinar su contenido histórico actual. El contenido histórico actual de un texto consiste en todas estas obras que los individuos han fijado a él, considerándolo como un lugar en el que, puesto que el significado de una obra no depende de su significación posterior, podemos determinar el contenido de dichas obras y, a partir de ello, el del texto²⁴. Podemos fijar el contenido actual de los textos porque los significados que tenían para ciertos individuos en el pasado no se alterarán por eventos posteriores. Así que, por ejemplo, podemos determinar lo que *Two Treatises* significó para Locke y lo que ha significado para otras personas en el pasado, sin saber nada de su destino futuro, mucho menos de su significación final.

No podemos predecir el futuro, por lo que no podemos saber cómo nuestros herederos reaccionarán ante los textos. Pero podemos descubrir lo que un autor quiso decir con un texto, cómo otra persona ha entendido un texto y qué consecuencias particulares ha tenido la lectura de un texto.

²⁴ Irwin argumenta, de modo similar, que a la interpretación histórica le concierne el significado y no la significación. No obstante, él contrasta la interpretación histórica con el criticismo concebido como una práctica concernida con la significación de un texto (cf. Irwin, William, *o.c.*, pp. 112-123). Así como el individualismo procedimental reduce la significación de un texto a la forma en que es leído por los individuos particulares, el concepto de significación de Irwin parece ubicar un aspecto del texto aparte de tales individuos. Tal vez él no reduzca la significación a las lecturas de los individuos, en parte porque no expande la noción de intención para incluir tanto a los lectores como a los autores.

La naturaleza abierta del futuro de un texto no lo hace de ninguna manera un objeto peculiarmente indeterminado. No sabemos quiénes formarán los gobiernos futuros de los Estados Unidos, pero podemos escribir historias de gobiernos previos. Podríamos no saber cuándo un volcán erupcionará, pero podemos escribir una historia natural fechando sus erupciones previas. Nuestra incapacidad para predecir el futuro no impide nuestro conocimiento del pasado o del presente. Al distinguir la significación futura de un texto de su contenido actual, ya no tenemos ningún motivo para negar que los textos sean objetos determinados. Hay una realidad fijada: un autor quiso decir tal cosa por un texto y otros lo han entendido en esta y esa manera. Por supuesto que eventos futuros podrían guiarnos a revisar nuestra perspectiva de esta realidad fijada: nueva evidencia o un nuevo clima de opinión podría provocarnos adoptar un nuevo entendimiento de una obra. Pero entonces, en todas las áreas del conocimiento, el futuro podría arrojar nueva luz sobre los objetos, inspirando reflexiones adicionales y guiándonos a revisar nuestras propias creencias. En ningún área del conocimiento humano la probabilidad de que revisemos de este modo nuestras creencias implica que los objetos que actualmente usamos sean inestables.

Textos y autores

Un texto es un objeto que actúa como el lugar en el cual uno o más individuos ubican una obra. Así definido, un texto resulta ser una ambigua pero estable entidad con un contenido determinado, disponible para ser estudiado en cualquier momento. Esta definición de texto nos permite resolver una serie de dificultades, tanto en lo que respecta al concepto de autor, como a la relación entre la intención del autor y el significado del texto²⁵. De la mano del post-estructuralismo, del desconstruccionismo y de la teoría de la recepción, ha surgido una creciente conciencia acerca de las dificultades de postular y, en mayor medida, identificar autores para textos tales como la *Ilíada* o una señal de “no pisar el césped”. Desde

²⁵ Aquí podríamos ver al individualismo procedimental proporcionando una base teórica para insistir en postular siempre autores históricos como conceptos, si no como personas. Cf. Irwin, William, *o.c.*, pp. 28-33; y Nehamas, Alexander, “The Postulated Author and Critical Monism as a Regulative Ideal”, en: *Critical Inquiry*, 8 (1981), pp. 133-149.

nuestra perspectiva, un texto es un objeto al que las personas transforman en significativo mediante la adscripción de obras. Este análisis del texto apunta a una distinción entre el creador del texto como un objeto –aquel que es causa de su existencia– y el autor del texto como una preferencia –aquella persona que es la primera en adscribir un significado al objeto físico en cuestión. Una vez que hemos comprendido esta distinción reconoceremos rápidamente que aunque todo texto tiene un creador y un autor, estos dos no son necesariamente lo mismo.

Nuestra definición de texto, con su implícita distinción entre creador y autor, nos permite postular autores para textos problemáticos como la *Iliada* o una señal de “no pisar el césped”. Consideremos aquellos textos que poseen un autor compuesto o múltiples autores. En estos casos podemos distinguir a los creadores de las partes individuales del texto, del autor, quien fue el primero en reunir estas partes en un único texto. Podemos distinguir a las numerosas personas que suponemos jugaron un rol activo en la tradición oral a partir de la cual la *Iliada* emergió, del autor o autores que fueron los primeros en escribir y asignar un significado a la versión particular que nos interesa de dicha obra. Por supuesto, si estamos interesados en una de las partes que componen el texto, podemos concentrarnos en determinado autor, que no es precisamente el autor del todo. No hay duda, por ejemplo, de que el autor del Evangelio de San Juan no es también el autor de la *Biblia*. De modo similar, aunque solemos atribuir el significado de un texto que tiene varios autores a todos ellos, podemos enfocarnos en una de las partes componentes a la que le asignamos uno solo de dichos autores.

Consideremos ahora textos simples y recurrentes como, por ejemplo, los avisos públicos. Algunos académicos han sostenido que señales tales como la de “no pisar el césped” no tienen autor²⁶. Podríamos decir que los avisos que encontramos en la vía pública a menudo son creados por máquinas, después de todo, hay algo extraño en la idea de que aquellos podrían ser creados por alguien que nunca los vio ni los tocó, como la primera persona en poner la señal de “no pisar el césped” o la persona que programó la máquina para producir cien de esos avisos. Considerando que las máquinas impresoras no pueden asignar significados a un objeto,

²⁶ Para la aseveración de que los textos tienen autores solo si pueden ser interpretados de múltiples maneras, ver Nehamas, Alexander, “What an Author Is”, p. 685.

podemos decir que los creadores de avisos públicos a menudo no son sus autores. No obstante, esto no tiene por qué llevarnos a concluir que tales avisos no tienen un autor. En lugar de ello, podemos decir que el autor de tal aviso es la primera persona que le asignó un significado, incluso si esto implica que el aviso existía ya como un objeto por algún tiempo, antes de que su autor lo constituyera como un texto significativo. Los casos de textos aparentemente accidentales, tales como el bien conocido ejemplo del mono que escribió *Hamlet*, es muy similar al de los avisos públicos²⁷. Tenemos, por una parte, al mono que creó el manuscrito de *Hamlet* como un objeto y, por otro, a Shakespeare, que fue el primero en hacer tal preferencia, pero ninguno de los dos parece ser apropiado para atribuirle la autoría del manuscrito. Más bien, podemos decir que el autor es la persona que le asigna por primera vez un significado.

En muchos casos el autor de un texto es también su creador. Algunas veces, sin embargo, el creador no asigna ningún significado a la creación, por lo que no puede ser considerado como el autor del texto significativo. El autor del texto, en estos casos, es el primero en asignarle un significado. Esta separación entre autor y creador parecerá paradójica únicamente si reducimos erróneamente el significado de un texto a los propósitos previos y conscientes de su autor. Si hacemos esto, estaremos estableciendo una rígida distinción entre el autor y el lector, lo cual nos conducirá a equiparar la autoría con la creación. Por el contrario, una vez que reconocemos que un texto es un lugar en el que varios individuos ubican diversos significados, estaremos en condiciones de afirmar que los procesos mediante los que autores y lectores asignan significados son similares. Tener esto en cuenta, entonces, nos lleva a distinguir la asignación de significados del acto de creación. No hay nada paradójico, en consecuencia, en la idea de que el autor de una preferencia pueda no ser el creador, sino el primer lector en asignar al texto un significado.

Desde nuestra perspectiva, los textos no poseen significados innatos sino que, por el contrario, los significados son otorgados sin distinción tanto por los autores como por los lectores. Esta teoría pragmática del texto guarda cierta semejanza con la teoría de la recepción. Si bien el

²⁷ Las preferencias accidentales podrían incluir, además, aquellas generadas por computadora, las cuales son invocadas en contra del intencionalismo por George Dickie (*Aesthetics: An Introduction*, Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1971, p. 112).

autor es el primero en asignar un significado al texto, su significado no se restringe a lo que estuvo ni a lo que podría haber estado en la intención del autor. Por el contrario, su futuro significado es establecido en el acto mismo de ser leído. El autor ubica la primera obra en el lugar de un texto, pero lectores posteriores pueden ubicar obras enteramente diferentes en el mismo lugar. El texto llega a admitir muchos significados como resultado de haber sido leído por personas diferentes en distintos lugares y momentos. Así, podemos hablar del significado de un texto yendo más allá de las intenciones de su autor o del autor teniendo muy poco control sobre su significado. De modo similar, debido a que en cada momento en que las personas leen un texto le asignan un significado, podemos hablar de cada lectura como un acto creativo. Podemos hablar del gradual despliegue de la significación de un texto, de la constante proliferación de sus significados y de la imposibilidad de aprehender cada uno de los significados que el texto podría admitir²⁸.

Algunos intérpretes han estado interesados desde hace mucho tiempo en saber cómo un texto ha sido leído o cómo la reputación de un pensador fue elevada y menguada. Una teoría pragmática del texto clarifica nuestra conceptualización de tales tópicos. Ella nos provee de útiles pistas de carácter heurístico en base a una gran sofisticación metodológica²⁹. Más concretamente, una teoría pragmática del texto dirige nuestra atención a los procesos a través de los cuales las creencias y los textos adquieren autoridad. Los intérpretes podrían examinar cómo las creencias y los textos son establecidos, rechazados y promovidos dentro de los discursos públicos y las prácticas sociales. A través de ella, además, los intérpretes podrían emprender una crítica genealógica de un canon textual adoptado o de una ideología social.

Consideremos primero cómo una teoría pragmática del texto conduce a los intérpretes a explorar el horizonte cambiante de expectativas dentro del cual las personas sitúan varias obras en el lugar de un texto. Cualquier canon adoptado o ideología dominante aparecerá aquí probablemente como

²⁸ Cf. LaCapra, Dominick, *o.c.*; y Ricoeur, Paul, *o.c.*

²⁹ Una teoría pragmática del texto inspira, por ejemplo, las siete tesis heurísticas enumeradas en: Jauss, Hans Robert, "Literary History as a Challenge to Literary Theory", en: Cohen, Ralph (ed.), *New Directions in Literary History*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1974, pp. 11-41.

siendo establecido gradualmente o modificado a través de cambios en la lectura inspirados por diversos intereses, preocupaciones y criterios de excelencia. Los cánones y las ideologías no son fenómenos naturales, autoevidentes ni dados, sino que, por el contrario, son objetos creados abiertos a discusión. Consideremos ahora cómo una teoría pragmática del texto conduce a los intérpretes a explorar las relaciones sincrónicas y diacrónicas entre las obras. Los textos, las tradiciones e incluso las prácticas sociales están compuestas en parte por obras que se usan, se imitan y se refutan las unas a las otras en una variedad de formas. A menudo los cánones adoptados y las ideologías sociales pueden ser mostrados como descansando en grotescas sobre-simplificaciones de las relaciones entre varias obras. En el pensamiento político, por ejemplo, el canon sugiere que Locke, con *Two Treatises*, tuvo la intención de responder a Hobbes de una manera que él simplemente no llevó a cabo³⁰. Consideremos, finalmente, cómo una teoría pragmática del texto conduce a los intérpretes a explorar los contextos sociales en los que las obras y los textos son producidos y distribuidos. Los intérpretes, generalmente, no prestan suficiente atención a aquellos asuntos referentes al formato, precio y otras cuestiones editoriales y comerciales, todas las cuales influyen sobre quién, cómo y por qué lee algo. De igual importancia son las instituciones culturales y sociales, incluyendo las reseñas, la publicidad, las universidades, las iglesias y los partidos políticos, todos los cuales promocionan u ocultan ciertos trabajos a diversas audiencias. Los intérpretes que exploran tales materias podrían mostrarnos cómo los cánones adoptados y las ideologías sociales son autoridades institucionalizadas no solo en los debates razonados, sino también en las luchas políticas caracterizadas por desiguales relaciones de poder.

Si bien nuestra teoría pragmática del texto se asemeja a la teoría de la recepción, podemos hallar importantes diferencias entre ambas. Los teóricos de la recepción a menudo separan por completo el significado de un texto de las intenciones de su autor. A veces ellos se basan en un escepticismo fenomenológico para sugerir que nosotros entendemos el pasado solo al entrar en diálogo con él y que esto excluye el atender a las

³⁰ Cf. Dunn, John, *The Political Thought of John Locke*. Más generalmente, cf. Skinner, Quentin, "Meaning and Understanding in the History of Ideas".

intenciones del autor³¹. De acuerdo con los escépticos fenomenológicos, el modo en que los lectores entienden un texto refleja sus presupuestos³². Los teóricos de la recepción implican que este escepticismo fenomenológico muestra que nunca podremos recuperar la intención del autor detrás de un texto, por lo que deberíamos concentrarnos en el significado del texto como si hubiera sido producido por una masa continua de lecturas creativas. Sin embargo, el escepticismo fenomenológico no puede cumplir con el trabajo que le exigen los teóricos de la recepción. Si no tenemos acceso a significados pasados, no podremos recuperar el modo en que los lectores ya han respondido a los textos y a las intenciones del autor. Hay solo dos posibles respuestas al escepticismo fenomenológico. La primera es: si creemos que las limitaciones del entendimiento humano hacen imposible la interpretación, nos enfocaremos únicamente en lo que el texto significa para nosotros, sabiendo perfectamente bien que no podemos recuperar ni las intenciones de los autores de dichos textos ni los significados que estos han tenido para otros lectores³³. La segunda es: si creemos que las limitaciones del entendimiento humano hacen que la interpretación sea difícil pero no imposible, trataremos de recuperar el significado de los textos para autores y lectores por igual.

La teoría de la recepción parece sostenerse sobre bases más firmes cuando afirma depender únicamente de la sugerencia de que el estudio de los textos no puede ser solo un estudio de las intenciones del autor. Sin embargo, incluso aquí la teoría de la recepción es débil. Imaginemos que queremos escribir un estudio acerca de las maneras en que los lectores han entendido *Two Treatises* a través de los años. Cuando buscamos saber cómo alguien entendió *Two Treatises*, presumiblemente estudiaremos los escritos, o posiblemente las acciones, de esa persona. Todavía nos estaríamos enfocando, entonces, en las intenciones del autor; solo que las intenciones pertinentes del autor yacen ahora en el texto en el que los lectores de *Two Treatises* expresan su comprensión. De este modo, cada vez que cambiamos nuestro enfoque lejos de la intención del autor, desviamos

³¹ Las críticas al intencionalismo basadas en este argumento incluyen a LaCapra, Dominick, *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*; y Keane, John, "More Theses on the Philosophy of History", en: Tully, James (ed.), *o.c.*, pp. 204-217.

³² Una posición asociada principalmente con Gadamer.

³³ Cf. Fish, Stanley, *o.c.*

nuestra atención hacia otra obra, y presumiblemente hacia otro texto, así que podemos hablar del significado de una obra como estando limitada por las intenciones de su autor. Una vez más, ya que cada vez que una persona lee un texto está creando un nuevo significado, podemos decir que cada lectura de un texto produce una nueva obra con un significado compuesto por la intención de su autor. Los defensores de la teoría de la recepción son demasiado vehementes en sus ataques en contra del autor.

Aunque nuestra teoría pragmática del texto no restringe completamente el rol del intérprete en la recuperación de las intenciones del autor, ella definitivamente nos permite declarar que algunas maneras de acercamiento a los textos son inapropiadamente concebidas como ejemplos de interpretación. El individualismo procedimental requiere intérpretes que busquen asignar un significado a un texto para poder especificar para quién tuvo ese significado. Debido a que los textos no tienen significados estructurales o innatos, si se pretende que un texto tuvo un significado, dicha pretensión debe incluir la aseveración de que el texto tuvo un significado para uno o más individuos quienes, al menos en principio, podrían ser especificados. Así, la asignación de un significado a un texto no puede propiamente ser concebida como un acto de interpretación si no hay otra persona además del individuo para quien tuvo aquel significado. No es incorrecto que las personas afirmen que un texto significa algo para ellas, solo que estos significados son mejor concebidos como intentos por crear nuevos significados –cuya verdad no tenemos manera de juzgar– que como intentos por interpretar algo. Asimismo, no es incorrecto que las personas encuentren ideas interesantes en un texto y escriban acerca de ellas, solo que, a menos que den evidencia que sugiera que alguna otra persona entendió la preferencia como expresando estas ideas, también dichos significados serán intentos por crear nuevos significados más que por interpretar algo. Como intérpretes debemos estudiar significados que existieron, o existen, realmente para otras personas además de para nosotros mismos; debemos estudiar obras, incluso si de ese modo descubrimos los diversos significados que un texto puede admitir.

Conclusión

Los textos son la fuente principal de nuestro conocimiento acerca de la vida humana. Sin embargo, debates recientes, inspirados por el post-estructuralismo, el desconstruccionismo y la teoría de la recepción, han

mostrado que el concepto de texto es altamente complejo y polémico. Sobre el trasfondo de estos debates, hemos defendido un análisis del texto como el lugar en el cual los individuos ubican diversos significados. Los textos son objetos significativos, y los objetos se vuelven significativos en virtud de la atribución de significados por parte de los individuos. Cada vez que alguien atribuye un significado a un objeto, crea una obra. Así, el texto se convierte en el lugar en el cual los individuos ubican sus obras.

Nuestra teoría pragmática del texto coincide con, pero a la vez difiere de, aquellas teorías asociadas con el post-estructuralismo, el desconstruccionismo y la teoría de la recepción. Consideremos primero la cuestión de la estabilidad del texto. Aquí aceptamos que el texto es ambiguo, aunque rechazamos que sea incognoscible o indeterminado. Debido a que el texto puede ser lugar para muchas y variadas obras, no posee un único significado, o incluso un único conjunto de significados, que pueda ser considerado como el correcto. Sin embargo, el texto consiste siempre en un conjunto dado de obras, cuyos significados son fijados por las intenciones de sus autores. Consideremos ahora la cuestión de la relación entre el significado del texto y la intención del autor. Aquí hicimos eco de algunas de las intuiciones que la teoría de la recepción deriva del reconocimiento de la naturaleza creativa del proceso de lectura. Hemos fomentado la exploración del horizonte cambiante de las expectativas que rodean al texto, las relaciones sincrónicas y diacrónicas entre las obras, y los procesos sociales y culturales a través de los cuales las obras y los textos son producidos, distribuidos y dotados de autoridad. Sin embargo, a diferencia de la teoría de la recepción, del post-estructuralismo y del desconstruccionismo, no predicamos “la muerte del autor”³⁴. Puesto que el contenido de una obra viene dado por la actividad mental de su autor, el contenido de un texto, en cualquier momento en el tiempo, está definido por las actividades mentales de aquellos individuos que han asociado obras con él. En cierto sentido, entonces, estudiar el significado de un texto siempre es estudiar las intenciones de los autores³⁵.

(Traducido del inglés por Gianfranco Casuso y Kelly Phenicie,
revisado por Pablo Quintanilla)

³⁴ Cf. Barthes, Ronald, “The Death of the Author”, en: *Image, Music, Text*, pp. 142-148; y Foucault, Michel, “What is an Author?”.

³⁵ Una versión anterior de este ensayo apareció en *International Philosophical Quarterly*.